

Jovana Skarmeta ~ Marcelo Simonetti



TU VOZ EXISTE

VIDA DE PEDRO LEMEBEL

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Marcelo Simonetti y Jovana Skarmeta

Derechos exclusivos de edición

© 2025, Editorial Planeta Chilena S. A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,

Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

Fotografía de portada: Álvaro Hoppe Guíñez

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: enero de 2025

Inscripción N°: 2024-A-11604

ISBN: 978-956-408-680-4

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

Jovana Skarmeta ~ Marcelo Simonetti

TU VOZ EXISTE

VIDA DE PEDRO LEMEBEL

*En el río Mapocho una garza blanca perfila misteriosa
entre las piedras. Y en las ramas densas del follaje del
Parque Forestal
asoman tiuques y queltebues.
No es necesario glosar el sur de los pájaros,
si desde mi ventana los veo cruzar en bandadas a anidar
más al norte. Gaviotas y más gaviotas pasean, por el Zanjón
de la Aguada hasta el Mapocho.*

«Naciste pintada», CARMEN BERENGUER

*Golpe con golpe yo pago,
beso con beso devuelvo.
Esa es la ley del amor que yo aprendí,
que yo aprendí.*

Canta LUCHO BARRIOS

ÍNDICE

Notas de los autores	11
1. Naciste pintada	13
2. A modo de sinopsis	31
3. El paseante	45
4. La Loca del Frente	69
5. Yo acuso	87
6. El débil quejido de la radio AM	107
7. Dimes y diretes	121
8. Mi amiga Gladys	141
9. Violeta persa	159
10. Tu voz existe	169
11. <i>My Tender Matador</i>	181
12. Escúchame entre el ruido	191
13. El día que me quisieras	201
14. Lemebel replicado	217
15. «La Frida no envejeció, yo soy la Frida envejecida»	225
Agradecimientos	245
Fuentes y referencias bibliográficas	247

1. NACISTE PINTADA

*Dos besos llevo en el alma, Llorona
Que no se apartan de mí.*

*El último de mi madre, ay, Llorona
Y el primero que te di
El último de mi madre, ay, Llorona
Y el primero que te di, ay.*

«La llorona», CHAVELA VARGAS

Hay una anécdota que a Pedro Lemebel siempre le gustaba contar. En ella, su abuela materna, Olga Lemebel Vásquez, siendo una adolescente y en un acto de rebeldía pura, se inventa el apellido «Lemebel» poco antes de convertirse en madre por primera vez; entonces, huye de la casa de sus padres al quedar embarazada de un joven de clase alta de apellido Izquierdo, que optó por casarse con una muchacha de la aristocracia santiaguina, dejando a Olga sin matrimonio y con una criatura en camino. Sin embargo, el joven quiso reconocer a la niña, después de todo era su primera hija. Olga siempre fue de una línea y si él no quería una vida junto a ella, pues no iba a tener nada. Es más, quién sabe si, herida en su orgullo, decidió cobrarle una pequeña revancha y para cuando él se comprometió definitivamente con la que sería su esposa, Olga hizo una torta que despachó a la dirección de la fiesta. La receta llevaba un ingrediente secreto: excremento. Verdadera o no esta historia, lo cierto es que Violeta, la madre de Pedro, no tuvo mayor contacto con su padre biológico ni tampoco llevó su apellido.

Y, en honor a la verdad, Olga no era exactamente una adolescente cuando se convirtió en madre de su primera hija.

Tenía veinticinco años y lejos de inventarse el apellido Lemebel para dárselo a su hija, lo más seguro es que ante la negativa del padre de querer formar una familia con ella, haya resuelto darle su propio apellido por partida doble: Violeta Lemebel Lemebel.

¿De dónde toma Olga el apellido Lemebel? ¿Era efectivamente Lemebel su apellido paterno y Vásquez el materno o toma prestado el Lemebel de alguien que conocía y le pareció que era hermoso como para coronar a su descendencia? Pedro solía decir que inventó ese apellido en un delirio de grandeza porque tiene rasgos de francés medio burgués. Los esfuerzos de Pedro por desentrañar el origen de su apellido materno nunca llegaron a buen puerto, al punto que dio crédito a la tesis que afirmaba que la abuela Olga había sido la fundadora de su estirpe. Sin embargo, antes de que ella naciera ya había varios Lemebel viviendo en el país, incluso algunos Pedro Lemebel (que en un inicio fueron Le Mével, Lemevel o Le Mebel).

El primero llegó desde Côtes-du-Nord, en el noroeste de Francia, un territorio bañado por las aguas del canal de la Mancha. Allí nació, en 1865, Pierre Marie Le Mével. No hay documentos que acrediten la fecha en que viajó a Chile ni tampoco alguno que explique los motivos de esa travesía, pero lo cierto es que el 18 de abril de 1887, Pierre, registrado en suelo chileno como Pedro María Lemével, mecánico de oficio, se casó en el Registro Civil de la calle Moneda, en Santiago, con la florista chilena Liduvina Alarcón Román, de catorce años. La pareja vivía en el sector de Recoleta, y a nueve meses del enlace marital, el 17 de enero de 1888 nació su primer hijo: Pedro María Eujenio Le Mével Alarcón. Un par de años después vendría el segundo, José Luis Humberto Le Mével Alarcón, que vivió solo dos años, y al año siguiente nacería Luisa Esmeralda Lemevel Alarcón. En esa vida tan particular que tenían los apellidos, que muchas veces quedaban al arbitrio del oído del funcionario de turno, el Le Mével experimentaba otra metamorfosis: ahora se escribía en una sola palabra y sin tilde.

Luisa Esmeralda murió de tuberculosis en 1915, a los veintidós años, soltera y sin hijos; su hermano mayor compareció como testigo en el Cementerio General de Santiago, donde firmó el acta como Pedro Le Mebel. Ese Pedro, el primogénito de Pierre Marie, era tipógrafo y de su nombre y oficio algo sabía el autor de *Tengo miedo torero*. Uno de sus amigos, Armando Gajardo, en su trajinar constante por anticuarios y ferias de cachureos, encontró una reliquia, una singular caja de libros: era una antigüedad y en su lomo llevaba inscrito, con ribetes dorados, el nombre Pedro Lemebel. Una vez que la recibió de manos de Armando, Pedro le comentó emocionado que debía ser de un antepasado imprentero.

Si bien no es posible establecer que el autor de *Adiós mariquita linda* es un brote más de esa rama que en Chile inauguró el francés Pierre Marie Le Mével, todo hace presumir que así debió ser. La posibilidad de que su abuela Olga haya tomado prestado ese apellido de un vecino o de un conocido es una versión algo enrevesada. El eslabón perdido está en los padres de Olga, datos que, en primer lugar, ella supo mantener en secreto y que luego se perdieron, posiblemente en la circunscripción Universidad, comuna del Santiago de entonces que se configuraba entre las calles San Diego y Arturo Prat, en los alrededores de la Universidad de Chile.

Como sea, muchos años después del inicio de esta historia, el artista Pedro Mardones Lemebel escribirá los siguientes versos sobre una hoja de papel:

No soy Pasolini pidiendo explicaciones
No soy Ginsberg expulsado de Cuba
No soy un marica disfrazado de poeta
No necesito disfraz
Aquí está mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro
Me apesta la injusticia
Y sospecho de esta cueca democrática
Pero no me hable del proletariado
Porque ser pobre y maricón es peor.

Y algunas semanas o meses después lo leerá frente a un auditorio colmado de gente, gente que escuchará estas palabras como si salieran de la boca de un alienígena, de un marciano mariposón, de un poeta que pareciera estar hablándoles desde otro tiempo, quizá desde el futuro o de una realidad paralela. Para entonces, habrá corrido mucha agua bajo el puente, y tendrán que pasar algunos años más para que esas palabras puedan ser entendidas en su más profundo sentido, al punto que habrá personas, en distintas partes del mundo, que se grabarán a sí mismas repitiendo este manifiesto.

Pero la historia, ya está dicho, comenzó mucho tiempo antes.

Dentro de la geografía de la pobreza chilena, el Zanjón de la Aguada ocupa un lugar especial; es un canal conocido por sus desbordes e inundaciones, que durante décadas ha sido el causante de algunas de las peores emergencias del invierno en varias poblaciones de Santiago. Recorre nueve comunas —la mayoría de ellas muy populosas— antes de desembocar en el río Mapocho. Un curso de agua turbio y silente que ha servido de resumidero para un alto porcentaje de la población de la región Metropolitana. Despojado de belleza, arrastraba colchones, triciclos, perros muertos, materias fecales, orines, aguas servidas y una larga lista de enfermedades que, allá por la década del cincuenta, encontraba en los cultivos y en la infancia un territorio propicio para florecer: salmonelosis, gastroenteritis, diarreas, parasitosis y hepatitis. En sus laderas crecieron las primeras poblaciones callampa, donde miles de familias levantaron con cartones, palos y fonolas un lugar donde guarecerse del frío y la lluvia, en un intento, muchas veces vano, de practicar el ejercicio de la sobrevivencia. Ahí, en medio del barro, las enfermedades y el mosquerío que se hacía sentir con mayor fuerza a partir del final de la primavera, nació el 21 de noviembre de 1952 Pedro Segundo Mardones Lemebel.

Durante ese año, las mujeres habían votado por primera vez para una elección presidencial: la que consagró como primer mandatario al candidato de la coalición liderada por el Partido Socialista Popular y el Partido Agrario Laborista, Carlos Ibáñez del Campo —el mismo que en su primer periodo

(1927-1931), y según cuenta el mito, fue acusado de perseguir homosexuales y lanzarlos al mar—. Por esos días, Pablo Neruda regresaba al país luego de su exilio en Europa, donde se había refugiado tras una persecución política que lo obligó a huir de Chile en el otoño de 1949; Everton de Viña del Mar se consagraba campeón de fútbol, liderado por un goleador histórico, René Meléndez, y el Censo realizado ese año determinaba, entre otras cosas, que los chilenos y chilenas sumaban 5.932.995 habitantes; que el 60,2 % habitaba zonas urbanas; que un 20,8 % de la población era analfabeta y que solo un 2,1 % tenía instrucción universitaria.

Chile era un país extremadamente pobre, uno de los más atrasados de la región. Basta revisar algunos indicadores para sentir el frío que se cuela por la suela de los zapatos y el hambre que punza la boca del estómago. El ingreso per cápita anual era de cuatrocientos dólares y el porcentaje de su población que vivía en condiciones de pobreza superaba el 60 %. La escolaridad promedio era de solo dos años. La deserción escolar al finalizar la educación básica (de cuatro años de duración) era casi del 70 %. Los indicadores de salud tampoco resultaban demasiado alentadores: en 1950 la mortalidad infantil era de ciento cincuenta por mil nacidos vivos y el porcentaje de niños de bajo peso al nacer —equivalente a una desnutrición avanzada— correspondía al 19 %.

La realidad del Zanjón no era demasiado diferente a la de otras poblaciones. Aun así, había quienes preferían no mirar de frente lugares como ese, una franja de tierra, agua y barro casi invisible.

Hasta allá llegó, en los primeros años de la década del cincuenta, el clan Lemebel. A la cabeza y con charreteras de matriarca figuraba Olga Lemebel Vásquez, quien en ese entonces tenía casi cincuenta años. Una mujer de carácter fuerte a la que nunca le gustaron las amarras ni las estructuras. Lejos de cualquier conservadurismo, fue rebelde desde niña y crio sola a su primera hija, Violeta Lemebel Lemebel. Cuando Pedro decidió convertirse en escritor optó por el ritual de «rebautizarse» y, como un homenaje a su madre y a su abuela Olga, tomó para sí

el apellido Lemebel, en detrimento de Mardones. «Mi apellido viene, entonces, por cadena vaginal abuela-madre-coliza».

Homenajes más o menos, la relación de Pedro con su abuela estaba llena de claroscuros y contradicciones. Había admiración hacia ella, pero también resentimiento. No era una mujer fácil. Quién sabe por qué razón, a la abuela Olga no le gustaba la gente morena, la despreciaba. Y en ese plan, la relación con Pedro, incluso de niño, fue siempre tirante. Había roces constantes que se fueron acrecentando con los años, sobre todo una vez que los primeros síntomas de una precoz demencia senil aparecieron en ella. Pedro lo resintió y en más de una ocasión lo dejó por escrito en sus cuadernos/diarios. Con dieciséis años anotaba: «Mi abuela es el demonio en persona, idiota, las tiene todas».

Olga llegó al Zanjón de la Aguada en 1952 junto a sus dos hijas: Violeta y Carmen. La primera sumaba veintitrés años y ya tenía un hijo, Jorge, de tres; el otro, Pedro, venía en camino. Junto a Violeta vivía también Pedro Mardones, en ese entonces de treinta y siete años, quien había emigrado desde el sur y se había enamorado perdidamente de quien se convertiría en poco tiempo más en su esposa. Él era el padre del crío que estaba por nacer, y aunque no había sido papá biológico de Jorge, terminó por darle su apellido en 1955.

Comenzaron una nueva vida en el Zanjón, convencidos de que era una estación de paso. Sin embargo, ese territorio marcó a la familia y sobre todo a Pedro, quien muchos años después escribió:

Y tal vez alguien nos dijo que existía el Zanjón y para no quedarnos a la intemperie, llegamos a esas playas inmundas donde los niños corrían junto a los perros persiguiendo guarenes. Y la cosa fue tan simple, tan rápida, que por unos pesos nos vendieron una muralla, ni siquiera un metro de terreno, solo era un muro de adobes que mi abuela compró en ese lugar. Y a partir de ese sólido barro, fue armando el nido garufa que en pleno invierno cobijó mi niñez y le dio alero a mi núcleo parental.

Violeta había heredado el carácter de su madre, así como los deseos de una vida mejor. Aunque vivían en la pobreza, se esmeraba en ofrecer a sus hijos una infancia digna, ahí donde la dignidad era sinónimo, entre otras cosas, de limpieza. Si uno revisa las fotos de esa época, sobre todo aquellas donde los pequeños Jorge y Pedro posan para la cámara, es posible advertir el cuidado que su madre prodigaba a la presentación de sus hijos: perfectamente peinados, ambos vestidos iguales, con ropa impecable. No parecen niños que viven en medio de esa pobreza doliente que describe Lemebel en sus crónicas. También está lo otro: la sonrisa del Pepo —como le decían—, linda, contagiosa, la prueba evidente de que habitaba una infancia feliz. Mientras su progenitor trabajaba de panadero, Violeta se ocupaba de que la casa funcionara como debía. Por ejemplo, se afanaba en fregar con cloro las sábanas y los pañales que luego flameaban en el tendedero con un blanco deslumbrante. Violeta siempre luchó por cambiar el destino de sus días; una mujer con carácter y determinación, dispuesta a dar las batallas que fueran necesarias. Tanto ella como su madre tenían un modelo de mujer que se distanciaba de la norma de la época: mujeres dueñas de un discurso propio, capaces de criticar el mundo que les había tocado, con posición respecto de lo social, batalladoras. Violeta no toleraba las injusticias.

Ese carácter justiciero se describe con puntería certera en la crónica «Mamá pistola». La anécdota es simple. Su padre era un crack en el juego de la rayuela —de la corta y de la larga, aclara el cronista—. Haciendo su mejor jugada había derrotado a un mafioso y se había hecho de su pistola, una Luger. Feliz por su logro, el padre de Lemebel no advirtió que despertaba la odiosidad del derrotado, quien las emprendió contra el vencedor con una manopla de acero.

Mi pobre papito, tambaleándose, trataba de defenderse disparando a todos lados. Y ahora recuerdo los balazos, eran estampidos al viento que mi papá tiraba sin puntería, tratando de que el mafioso con su manopla de acero no siguiera destrozándole la cara. Así lo vi, esa mañana, todo ensangrentado, con su abrigo largo enredándose y cayendo al suelo a los golpes metálicos del agresor [...]. Al

llegar mi madre, todos retrocedieron; entonces ella tan joven, tan pálida azucena. Ella tan linda, tan brava, dio un salto y le arrebató la pistola de la mano y apuntó al mafioso diciendo: «Atrévete a pegarle de nuevo. Atrévete, cobarde, que le pegas a un borracho», gritó, encañonándolo decidida... Esa mañana, la población entera supo que mi madre, esa linda señora con pinta de reina, era de armas tomar. Quién lo iba a pensar, ella tan dulce, tan joven y bonita, parada allí en la esquina con el arma humeando. Quién lo iba a imaginar, ella tan sencilla y hermosa defendiendo con pólvora el rebaño.

Violeta podía ser encantadora, pero si alguien se cruzaba en su camino era capaz de convertirse en una leona. No sabía de tintas medias; cuando conocía a alguien podía amarlo o hacerle la cruz. A sus hijos los adoraba, pero los quería solo para ella. Atractiva y coqueta, había en ella algo de refinamiento y buen gusto, tal vez heredado de la rama paterna. De hecho, aunque Violeta no tuvo mayor contacto con su padre, sí lo tuvo con su abuela y una de sus tías, que siguieron relacionándose con ella. Más aún cuando se convirtió en la única descendiente de la familia. Por lo mismo, cuando su abuela falleció dejó para su nieta algunos muebles finos que Violeta lucía con orgullo en su casa: un ropero, una mesita de té, un baúl. Los mismos que luego pasaron a formar parte de la decoración de las casas en las que vivió el cronista.

El padre de Pedro —Pedro Mardones Paredes— había nacido en el sur, en Nueva Imperial, región de La Araucanía, el 8 de julio de 1915. Sus padres fallecieron cuando él y sus hermanos eran unos niños. Crecieron al cuidado de un tío y apenas pudieron partir, lo hicieron. Buscaban un futuro distinto al que podía ofrecerles la lluviosa Araucanía. Su nuera, Bernardita Caro, recuerda haberle oído hablar con cierto pesar acerca de su infancia:

Me decía que había sido una infancia muy triste y muy sola. Sus hermanos mayores partieron rumbo a Argentina. Don Pedro se quedó junto a un hermano, con el que se trasladó a Santiago para probar suerte. Cuando falleció Violeta, se lamentaba porque tras